

Elle-Merito 1925 numero julio 1985  
no 323-324

# La guerra española y los "exquisitos"

**L**OS «exquisitos» ante el fenómeno de la guerra española son ya muchos y merecen distintas catas que no voy a hacer ahora. Los hay, y son los más, que con las utopías tan a la page en estos momentos entre nosotros, tienden a proliferar, sobre todo en lo que atañe a la mentalidad más joven de las últimas hornadas. Muchos de ellos se han alejado tanto de lo que supuso y significó nuestra guerra que subrepticamente tienden a alinearse entre quienes meramente la ven como si hubiese sido una gran matanza, cuando no una bárbara tragicomedia. Hace ya algunos años que denuncié esta triste salida, dadas las premisas que entonces vertían a fuerza de equívocos un sector que, en cierta medida, empezó a airear determinados conceptos intelectuales sobre nuestra guerra entre los últimos años de la década del cuarenta y primeros de la del cincuenta. Al fin, no dejaban otra salida que contemplarla como un desmesurado baño de sangre o como un panfiliismo sin posible carta de recibo.

Así, en años todavía más cercanos a nosotros, ya dentro de la transición, dada la profusión con que surgieron a partir de las nuevas circunstancias históricas libros sobre nuestra guerra, extremo juzgado como boom editorial, hería la vista cómo abundaban los libros testimonios, las memorias o los dedicados a aspectos sectoriales de nuestro suceso bélico, sobre todo militares, políticos, personales o más bien propios de reportajes ambiguos o muy controvertidos; mientras, en abierto contraste con lo habitualmente editado, se advertía un gran vacío sobre el aspecto doctrinal o ideológico de lo que irrumpió bruscamente el 18 de julio de 1936, cuando, sin discusión, fue la nuestra la primera de las llamadas guerras de liberación o ideológica de nuestro siglo. Guerras ahora de más actualidad que nunca, en abierto contraste con lo que ha terminado sucediendo con la nuestra juzgada anacrónica. Pero no en vano ha despertado la atención del mundo entero como ninguna otra guerra lo había conseguido entonces y después de ella. Por este simple hecho hemos de sacar ya la consecuencia de que, al pasar ahora al primer plano de nuestros órganos de información y de difusión, los historiadores, sobre

todo los muy jóvenes y cada vez más positivistas historiadores, no quiere decir que, como tal, el hecho histórico de nuestra guerra se haya esfumado en su más inequívoca entidad.

Por supuesto que un historiador fiel a su disciplina académica tiene siempre algo que decir al respecto; mas, para historiar —limitación que aún se advierte— una guerra como la española, se exige, además, otro tipo de conocimientos y de valoraciones que superan los meramente historificables, y que sólo aquellos historiadores que lo dominan o se hacen debidamente eco de ellos logran la categoría de los grandes en su materia, por muy específica que resulte. No es menos cierto que todo tipo de historiador cuenta siempre con sus ideas, sus doctrinas, sus prejuicios, aunque ello no presuponga que resulte suficiente en tanto el hecho que se ventila tenga las aristas tan salientes y las dimensiones tan extremadas de nuestra guerra. ¿Y se adecuan a ella los ángulos de mira usados de manera más habitual por la gran mayoría de los nuevos o últimos profesionales de nuestra historia? ¿No se airea aquí también otro tipo de «exquisitez», aunque de índole más académica o intelectual que el anteriormente aludido? Cuestión nada baladí, pues la materia planteada desborda, a todas luces, a lo meramente intelectual o académico, en tanto que en gran medida margina —como, de hecho, se ha venido haciendo últimamente— su significación religiosa, la principal clave para entender nuestra guerra, si las cosas se definen por lo que son, tal como sucedieron o como se acostumbra a interpretar.

Dicho de otro modo: con todo lo que se ha escrito recientemente sobre nuestra guerra, por muchas autoridades que se citen o aduzcan de militares, políticos o intelectuales, el juicio decisivo o más definitorio rozará siempre el tema religioso. De ahí, que, con ánimo de no alejarme o perderme entre los vericuetos de una materia a la que le he dedicado unos cuantos centenares de páginas recogidas en diversos volúmenes, prefiera en la presente ocasión detenerme en lo que últimamente he leído sobre el particular, por considerar que acierta en muy buena medida a centrar y a plantar debidamente la cuestión. Sobre todo me refiero al excesivo trabajo que he leído en el número 21, extraordinario, de la revista **Cuenta y Razón** (septiembre-diciembre 1985), que edita FUNDES (Fundación de Estudios Sociológicos). Su título, el último de los reunidos en este número extraordinario, es «La Iglesia y

la guerra civil», y su autor, Feliciano Montero, que se apoya y hace un enjundioso compendio de otros trabajos recientes dedicados a la materia, sobre todo los de Marquina, Rodríguez Aisa, Hilari Raguer, Palacio Attard...

## La Historia y la historiografía

Comparto plenamente su tesis central, y creo que puede compendiarse así: empieza reconociendo su autor que «la historia de la historiografía sobre cuestiones candentes y polémicas suele ser uno de los mejores métodos de aproximación a su estudio», aunque lamenta que en estos cincuenta últimos años no abundan los estudios propiamente históricos sobre el aspecto religioso de nuestra guerra. Justamente de lo más valioso de este artículo que reseño es su aproximación a lo que observa al margen de este fenómeno.

No duda que el silencio y posterior revisión autocrítica del papel jugado por la misma Iglesia ante nuestra guerra comienza a ser predominante en el catolicismo español, a medida que penetra la nueva mentalidad conciliar, que, como se sabe, está impregnada de discutidas y más que dudosas interpretaciones de los inequívocos textos del Concilio. Tampoco ha podido soslayar el empeño de quienes se han dedicado a resaltar la equiparación de la doble persecución en las dos zonas, el testimonio de republicanos católicos, así como lo que, en conclusión, ayuda a esclarecer el papel jugado, al más alto nivel, por la jerarquía eclesiástica, cuestión no tan simple como algunos han creído. Así, la misma imagen del cardenal Gomá se ofrece hoy mucho más matizada como puente equidistante entre el Vaticano y Franco. «Representante, por otro lado —resume el autor—, de una realidad histórica incuestionable, por más que la perspectiva "reconciliadora" y liberal de los años 70 resultara desagradable para ciertos sectores del catolicismo progresista...» Aunque se trata, en el fondo, de una evidencia que no puede negarse, de una «lógica que se inscribe en el marco de una teología determinada, preconciiliar, y de una circunstancia histórico-política concreta, la española de la II República», nada de ello presupone que esa teología no sea de buena ley, y que esos hechos no hayan sido como en realidad fueron. Además, como matiza el expositor, «la posición de Gomá no es, ni mucho menos, excepcional ni puramente personal», ya desde los inicios de la guerra, y,

# La Cruzada que rehizo una patria

especialmente, desde la alocución de Pío XI a los peregrinos españoles en septiembre de 1936, con las declaraciones subsiguientes de los obispos no sólo españoles, sino del mundo entero... Aspectos que, como otros muchos, han exigido aportaciones y explicaciones históricas de muy diversa índole, pero que, en definitiva, se centran en la incidencia del factor religioso y católico en el estallido y desarrollo de nuestra guerra.

## El criterio historiográfico prioritario

Las dos páginas finales de este trabajo, que son también las últimas del número extraordinario de la mencionada revista, merecen ser reproducidas íntegramente, lo que siento no poder hacer, pero medítense fragmentos como estos: «En los dos bandos, la guerra tiene un contenido ideológico innegable, sinceramente sentido, que puede considerarse la culminación de una lucha que se remonta a los orígenes de la España contemporánea, y aún más allá. Es también indudable que el factor católico, concretado genéricamente en la defensa de la "tesis" de cristianidad frente al liberalismo y el proceso secularizador, y concretado principalmente en la defensa de la España católica, era, quizás, el elemento decisivo y aglutinante de esa división de las dos Españas.» Puntualiza, a continuación, el verdadero alcance de otras posiciones minoritarias, resaltando que «la política religiosa de la

II República no hace sino antagonizar y radicalizar más las posiciones o dejar más en minoría las posiciones tolerantes y dialogantes que podían representar la UDC catalana o el cardenal Vidal». Y no es sólo que el estallido de la guerra no deja lugar a actitudes intermedias, sino, como reconoce el expositor, la verdadera cuestión decisiva es el conflicto religioso como elemento dinamizador de nuestra guerra, que si se halla más allá de los martirologios y de las historias apologéticas y vindicativas, también se hallan más allá «del olvido o la publicación que implica, muchas veces, la nueva actitud reconciliadora, (por lo que) se hace necesario reconstruir ese pasado histórico». Así concluye: «El que ha sido objetivo básico de la política eclesiástica y pastoral de la transición —la reconciliación— no debe confundirse con el que debe ser criterio historiográfico prioritario: la recuperación objetiva de una realidad histórica eminentemente conflictiva.»

Con esto se pone el dedo en lo que tanto escuece ahora de la manera más pertinente y académica. E insiste en ello, con toda la razón de su parte, el articulista: «Si toda la bibliografía sobre la guerra civil tiende (o ha tendido) fácilmente al apasionamiento y al subjetivismo, en el tema específico de

la Iglesia y la guerra civil se hace, si cabe, más difícil superar las visiones polémicas y una historia más ideológica que basada en documentos. Casi sin solución de continuidad, se ha pasado de una visión triunfalista nacional-católica de exaltación de la cruzada y de los mártires, a una visión fuertemente revisionista y autocrítica, de rechazo del factor religioso, al menos como factor dominante y prioritario. Y todo ello, en un tono polémico, en medio de una general ausencia de investigación de base, en fuentes documentales, que en gran medida permanecen inéditas.»

«Ese giro mental del catolicismo español en cuanto a la valoración de su propio pasado tiene una gran significación para comprender la evolución reciente de dicho catolicismo, pero favorece muy poco el avance en el conocimiento histórico de una realidad pasada, incluso aparentemente muy distante.» De forma más concreta, el articulista llega a preguntarse si la actitud dialogante o conciliadora es la mejor garantía de un avance en el conocimiento histórico. Reconoce a primera vista que parece que sí, en tanto que posibilita la revisión y crítica de los «a priori» y se convierte en el punto de partida de una historia más distanciada y objetiva. Pero no deja de reconocer también que entraña riesgos indudables esta actitud conciliadora, al tender a exagerar ciertos elementos (siempre bastante excepcionales y minoritarios) y olvidar o quitar relevancia a los elementos más conflictivos y antagonísticos. De ahí, que haya resaltado las aportaciones de quienes últimamente han enfocado la materia en el sentido que desde tan acertada concepción de la Historia revela su trabajo.

## Más allá de la Historia

Salirnos de la materia trazada nos llevaría aquí demasiado lejos, y haría excesivamente larga esta colaboración. Sin ir más lejos, en el mencionado número extraordinario de **Cuenta y Razón** de Julián Marías, Seco Serrano, Javier Tusell, que de comentarlos debidamente harían interminables las múltiples derivaciones a que nos expondríamos. De Marías, por ejemplo, al que todavía muchos teólogos y pastoralistas no le han perdonado lo que ha escrito sobre el comportamiento de nuestra jerarquía eclesiástica en 1936 (*ABC*, 21-XII-1985), o lo que nos dice en la página 16 del mencionado número extraordinario de dicha revista: «La guerra fue consecuencia de una ingente frivolidad», u otras postulaciones por el estilo, aireadas a las alas de las auras difusoras de que ahora goza, lo cual, aunque sólo sea a juzgar por las autocitas y las publicaciones que reproducen sus escritos sobre nuestra guerra, merecería, al menos, un artículo tan

largo como el presente. ¿O Marías, con todos los elogios que ha volcado sobre los intelectuales de los años republicanos, es el único que vio claro el fenómeno de nuestra guerra? ¿Fue el único «exquisito»? ¿O se ha de creer, con Juan Marichal, que en aquella segunda Edad de Oro de la literatura española lo que en verdad estaba en el tablero era una nueva fe que se daba de bruce con la que, inequívocamente, es nuestra más genuina e inconfundible? (*ABC*, 10-IV-1986) ¿Acaso, me pregunto, fue otra la razón más profunda de nuestra guerra? ¿O habría que recordarle a Marichal lo que Tierno Galván ha escrito en su libro «Cebos sueltos» de don Américo Castro, el maestro que más influencia tuvo en la formación de Marichal: quería aplicar a España lo que al propio Tierno le resultaba insoportable en la ciudad tan conflictiva como estadounidense de Princeton? ¿Y no podríamos decir algo similar del orteguismo de Tusell, aunque reconozcamos con él que «la desgracia de un pensador que escribe artículos de periódicos es que puede llegar a ser considerado por generaciones sucesivas como un bien mostrenco apto para ser utilizado en sentido contradictorio en beneficio de una propia ideología o como argumento para confundir a la adversaria...? (loc. cit., pág. 243). Y qué añadir a cuenta de lo que el profesor Seco Serrano ha escrito de Giner de Azaña...

Considero que, en sustancia, muchas de las cosas ya centradas en el trabajo reseñado nos ahorran explicaciones que conciernen a otros escritos de los colaboradores mencionados.

Por último, resulta inocuo añadir, por mi parte, que el recuerdo de nuestra guerra debe ser desde la concordia y el respeto, y que nos duele hondamente que haya empezado con recientes ímpetus a verse de un modo subrepticio que, en el fondo, y en definitiva, resulta tan beligerante como «depurador». Esto es volver a abrir heridas de un hecho tremendamente desgarrador, reciente, pero todavía, por lo visto, no suficientemente conocido o muy adulterado en los actuales y poderosos medios de información y de difusión. «El gran suceso dramático de la historia de España en el siglo XX —para decirlo con palabras del propio Marías—, cuya gravitación ha sido inmensa durante cuatro decenios, que no está enteramente liquidado» (loc. cit., página 9). Hagamos, pues, todo lo necesario para enfocarlo más allá de «exquisiteces», abriendo todos los debates culturales y espirituales que fuesen aún precisos, pero en serio y con profundidad; sin que por ello dejemos de ponernos en guardia a lo que se ha continuado haciendo en nuestras leyes y, sobre todo, en televisión, en las escuelas y en la conciencia moral de nuestros conciudadanos.

Vicente MARRERO